



*Carta del Ministro general
de la Orden de Frailes Menores en el día de*
Sta. Beatriz de Silva
a las Hermanas de la Orden de la Inmaculada Concepción

“En existencia humilde y en actitud permanente de fe”

(CC.GG. 10)

*P*az y Bien,
queridas Hermanas Concepcionistas.

En la fiesta de Santa Beatriz de Silva deseo compartir con vosotras el gozo de esta celebración y expresar mi cercanía de hermano en el Señor, en María Inmaculada y en nuestro padre San Francisco. El recuerdo de Santa Beatriz nos invita a todos a caminar con fidelidad y firmeza en la fe, buscando adherirnos cada vez con más fuerza a nuestro Esposo y Redentor Jesucristo. Que de cada uno de nosotros se pueda decir, como de Santa Beatriz: “Dios estuvo siempre en su mente y dirigía su vida” (*Positio*).

En este *Año de la fe* os invito a contemplar a Santa Beatriz de Silva como mujer de fe, que va madurando en el corazón su entrega a Dios, su amor a Jesucristo, su dejarse moldear por el Espíritu del Señor, durante largos años de vida oculta y callada. Ella aprende la fe de manera peculiar de María Inmaculada, la madre en la fe. De ella aprende a “responder al amor infinito de Dios con su *Fiat*” (CCGG 10), a “contemplar silenciosa los misterios de su Hijo, conservando todas las cosas en su corazón” y a seguir a “Cristo por la escucha fiel de su palabra (CCGG 12.14). De María aprende Santa Beatriz a ser “plasmada y hecha nueva criatura por el Espíritu Santo” (CCGG 8), y poder así vivir en comunión esponsal con el Señor Jesucristo. Santa Beatriz de Silva vivió su fe honrando el misterio de la Inmaculada Concepción de María: contemplando en María Inmaculada el Amor del Padre, la Vida del Hijo, la Fuerza del Espíritu.

de cada día. “En existencia humilde y en actitud permanente de fe, María responde al amor infinito de Dios con su *Fiat*” (CCGG 10). La vida de María se realizó en “existencia humilde”, en días corrientes, en relaciones normales... pero en actitud de fe amorosa y confiada. Nos puede ayudar el retomar estas palabras de vuestras Constituciones sobre María y su fe.

“Existencia humilde” es la mayor parte de nuestra vida. Pero “existencia humilde” indica también algo muy peculiar de nuestra *forma de vida*. “Existencia humilde” nos recuerda nuestra vocación de minoridad, donde María es siempre el modelo y la Madre de la que aprendemos.

Cuando miramos a María descubrimos que la “existencia humilde” no es ningún obstáculo, sino, al contrario, es lugar privilegiado para vivir la fe. María desde su pequeñez nos recuerda que son los pequeños, los humildes, los sencillos de corazón..., quienes saben confiar, buscar apoyo, abandonarse, agradecer, bendecir...

Fe celebrada y alimentada en la oración

*E*stamos llamados a vivir la fe con humildad en la sencillez de cada día. De Santa Beatriz se nos dice que “su fe se mostraba especialmente en los ejercicios diarios de piedad. Vivía siempre en espíritu de oración, y pensaba sin interrupción con toda su alma en Dios y en Jesucristo crucificado” (*Positio*). Vuestros monasterios están llamados a ser lugares donde la fe se celebre y se alimente en el espíritu de oración, en el permanecer fielmente ante el Señor y con el Señor.

Habrà momentos en los que el diario permanecer en la oración sea gozoso y ligero; habrá otros momentos en los que será difícil y los tendremos que vivir como súplica y búsqueda. Entonces podemos mirar a María que también tuvo que buscar a Jesús, ponerse en camino y desandar lo andado,



Pero, sin duda, en sus largos años de vida oculta y callada, Santa Beatriz aprendió de María también a vivir la fe “en existencia humilde”, en las sencillas tareas cotidianas de la vida, en el amor y la entrega fiel

volver a Jerusalén. María aprendió así a vivir su fe también en búsqueda, en días gozosos y días de angustia (“Te hemos buscado angustiados”, *Lc* 2,48), pero siempre abierta al “espíritu del Señor y su santa operación con pureza de corazón” (*R* 30).

En vuestra vida, como en la de Santa Beatriz, existen también “ejercicios diarios de piedad”, tiempos fuertes de oración litúrgica y personal, que mantienen vuestra fe y vuestra vida contemplativa. Pero debemos estar atentos a que en ellos no se pierda la entrega, la búsqueda, la pasión por el Señor, y entre el cansancio, la mala rutina.

Al anunciar el *Año de la fe* Benedicto XVI nos pedía que fuese una “oportunidad propicia para intensificar la celebración de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía” (*PdF* 9). Nuestros tiempos diarios de oración serán apoyo firme de nuestra fe si en ellos “descubrimos de nuevo el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios” (*PdF* 3), que nos lleve al encuentro hondo y vivo con el Señor. Que esos momentos diarios de oración fundamenten vuestras vidas porque en ellos, como María, dais vuestro *Fiat* a Dios.

Fe celebrada y compartida en el amor

A la “*existencia humilde*” pertenecen también nuestras relaciones, nuestros encuentros diarios, especialmente con las hermanas en la vida de comunidad. Llamadas a vivir vuestra vida contemplativa en comunidad conocéis el don de las hermanas; y conocéis también la silenciosa entrega, los gestos sencillos de amor, el servicio hecho en la gratuidad. La fe se celebra, se purifica, se acrece y se testimonia en el amor, de manera que todos estos encuentros y relaciones con las hermanas están llamados a ser tiempos y lugares de fe compartida y encarnada. Recordamos cómo para Santa Beatriz de Silva la fe era amor de Dios creído y acogido; amor entregado a Dios y a los hombres. De pequeña aprendió “que la vida cristiana se encuentra realmente en el amor de Dios”. Y, “amando a Dios... ejercitaba también el amor al prójimo” (*Positio*).

También en esto vuestra madre y modelo es María Inmaculada, como lo fue para Santa Beatriz. “En actitud permanente de fe, María responde al amor

infinito de Dios... convirtiéndose en cauce de salvación para todo el género humano” (CCGG 10). Ella vive la fe en el amor. La

visitación a su prima Isabel une el llevar en su seno al Hijo de Dios y el amor encarnado en un acto humilde de servicio y ayuda. Aquel encuentro fue entonces una celebración de fe compartida, una celebración de la presencia de Dios y de su salvación.



En su Carta apostólica *La puerta de la fe*, Benedicto XVI nos decía: “El *Año de la fe* será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad [...] La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente [...] Es la fe la que nos permite reconocer a Cristo” (*PdF* 14).

Vuestra vida de comunidad tiene también la promesa de la presencia de Jesucristo, de poder convertirse en lugar del encuentro con Él. Quizá en la vida comunitaria nos toca ahora palpar más la pobreza, la “*existencia humilde*”, por reducción de número y de fuerzas. Son situaciones que nos piden confianza y compromiso, fe laboriosa y trabajo confiado. Somos conscientes de que “es la fe la que nos permite reconocer a Cristo” y, por tanto, es la fe la que nos sitúa en la perspectiva adecuada. Si somos comunidades que nos ayudamos en la fe, si os sentís unidas como hermanas que han sido inspiradas y llamadas a vivir la misma vocación de desposadas con Jesucristo, celebrando el misterio de María Inmaculada, entonces tendréis posibilidades inmensas de reconocer a Cristo presente en medio de vosotras.

“La fe y el amor se necesitan mutuamente”. Vuestra fe necesita del amor. Sabéis cuánto debe vuestra fe a las hermanas, a su ejemplo, a su fidelidad, a su amor, a su presencia acogedora, a su paciencia, a su bondad y compasión... Sabéis cuánto debe vuestra fe a muchas hermanas que en “*existencia humilde*” estaban sosteniéndose en muchos momentos. Tenemos mucho que agradecer a los hermanos y hermanas que nos acompañan así en la fe. Y, a la vez, queremos crecer en esta concien-

cia de ser comunidades llamadas a compartir la fe y a celebrarla en el amor. La fe es creer en el amor y responder al amor de Dios, y hacerlo de manera concreta y encarnada, gozosa y gratuita. Quien da la vida por los demás, por las hermanas, no la pierde, sino que la reencuentra esponsalmente abrazada a quien es la Vida, el Señor Jesucristo.

Fe celebrada y fortalecida en el testimonio

Toda fe, como todo seguimiento a Jesucristo, está llamada a ser misionera. Vuestra vida de fe y de seguimiento de Cristo, viviendo las actitudes de María, conlleva también ser “prolongación activa de la acción divina en la historia de la Salvación y de la Iglesia” (CCGG 11). María por su fe se convirtió en “cauce de salvación para todo el género humano” (CCGG 10), de manera especial por el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, pero también por compartir continuamente la vida y los misterios de Jesucristo, desde su nacimiento hasta su muerte y resurrección. La Virgen María es así nuestra Madre en la fe, mostrándonos al Señor Jesús e invitándonos a hacer lo que Él nos diga.

Desde vuestra fe tenéis la misión de mostrarnos al Señor y con vuestra vida invitarnos a seguirle, a ser plenamente para Él fiándonos de su palabra. También aquí “*en existencia humilde*”, a ejemplo de

María. Ella fue anunciadora de Jesucristo principalmente por llevarlo en sus entrañas y en su corazón; por acompañar y sostener con su fe viva y orante a los apóstoles. La misión de María no se centró en la predicación con la palabra, aunque también su palabra sería palabra cargada de Jesucristo. Su misión se centró más en su ser Madre, en estar llena de Jesucristo, habitada plenamente por el Espíritu de Dios, siendo así “cauce de salvación”, trasmisora de la gracia que la desbordaba.

Con vuestra vida orante y contemplativa, teniendo carismáticamente a María Inmaculada como camino de seguimiento (cf. CCGG 12), estáis llamadas a acompañar y sostener con vuestra fe la fe de la Iglesia. En “existencia humilde”, en presencias que, mediante la acogida amorosa, la palabra compasiva, la escucha comprensiva..., van siendo transparencia del Señor y cauce de su salvación. La “*existencia humilde*” es la que mejor deja transparentar y vislumbrar el misterio que la sostiene y vivifica. Si os convertís en testigos vivos de la belleza de vuestro Esposo Jesucristo, vuestra fe se verá fortalecida y acrecentada.

Termino recogiendo de nuevo palabras de la Carta *La puerta de la fe*: «Durante este tiempo [el Año de la fe], tendremos la mirada fija en Jesucristo, “que inició y completa nuestra fe”: en él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano». El Señor Jesucristo os acompañe y lleve a cumplimiento vuestra fe.

Roma, 15 de julio de 2013
Fiesta de San Buenaventura,
Doctor de la Iglesia



Fr. Michael Anthony Perry, OFM
Fr. Michael A. Perry, OFM
Ministro general OFM